

Pre-estreno de la película El Almanaque

CONTRA EL OLVIDO



Foto: Sebastián Parentelli

Unos zuecos de madera fueron el hogar, por más de 4.646 días, de los únicos documentos de registro escrito por un preso político en el penal de Libertad. Jorge Tiscornia es el protagonista del documental “El Almanaque”, donde en una acertada decisión del director José Pedro Charlo, se cuenta la historia a partir de la narración en el lugar donde ocurrieron los hechos. “Acá donde ahora es una cocina, fue mi celda por ocho años”, contó Tiscornia, mientras la cámara lo seguía en un recorrido por el penal en plena reconstrucción.

Cercano a la locación principal del documental, en la ciudad de Libertad, el domingo 30 de setiembre se proyectó el largo documental que en octubre se estrenará en Cinemateca 18 y Grupo Cine de la Torre de los Profesionales. El director y el protagonista de la historia estuvieron presentes en este pre-estreno, que se realizó en la Casa de la Cultura de Libertad, donde ambos mantuvieron un diálogo ameno y prolongado con el público presente.

José Pedro Charlo estuvo detenido por 8 años y Jorge Tiscornia por 12, pero nunca se conocieron personalmente. Este hecho refleja las condiciones de aislamiento en las que se encontraban, según explicó el propio realizador. Entre risas, Tiscornia contó que Charlo pretendía que su salida estuviera marcada en su almanaque como un hecho significativo.

Antes de la exhibición, el cineasta contó a los espectadores que “es una función especial la que hacemos acá. Me resultó interesante la posibilidad que se entable un diálogo entre la gente de Libertad a propósito de la significación que tiene esta historia y que tiene el penal en la historia de la ciudad”. También dijo tener curiosidad por saber cómo la gente de la ciudad veía y ve hoy al penal.

El largo documental comienza mostrando cómo se encuentra hoy la cárcel y además usa las pocas filmaciones de la época para hacer un viaje a aquellos tiempos donde, en pequeños papelitos y con formato de almanaque, Tiscornia documentó, desde su subjetividad, lo que ocurrió en aquel lugar.

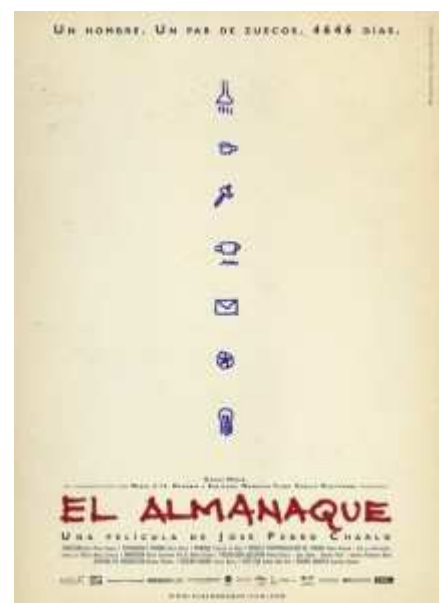
Luego de la exhibición, Tiscornia contó que eran dos la únicas vías de comunicación con el exterior: la ventana que daba hacia afuera (bien hacia la ruta 1, bien hacia el río y las lejanas luces de Kiyú) y la pequeña ventanilla que daba al pasillo. Explicó que era muy complicado comunicarse con los compañeros de las celdas vecinas, pero que entre los ocho calabozos más cercanos se podía dialogar. “A veces alguno de los compañeros colocaban su guitarra cerca de la ventana que daba al exterior, para que los demás pudiéramos escuchar”. Con los ojos vidriosos dijo que “esto muchas veces significaba no tener recreo, porque los milicos podían contar cuáles eran las celdas que estaban manteniendo una conversación. Pero estos intercambios eran mucho más valiosos que cualquier castigo”.

Aunque la comunicación era algo casi imposible, muchas fueron las maneras que utilizó para saber qué estaba pasando en la cárcel. Si bien reconoce que comenzó a escribir sin ninguna razón más que el miedo al olvido -“siempre digo que soy muy desmemoriado”-, el registrar todo lo que ocurría se fue convirtiendo en una obligación.

“Empecé escribiendo lo que me iba pasando a mí, las cartas que me llegaban, las visitas; pero después comencé a poner todo lo que pasaba”. Fue en un código de dos escalones, es decir una idea que se codificaba con otra, así Tiscornia marcó en su almanaque todo lo que ocurría. La falta de medicación, los ingresos, las liberaciones y los supuestos suicidios de compañeros, así como los distintos reglamentos que los militares impusieron fueron registrados y guardados en sus zuecos que cada año aumentaban de tamaño.

Contó que con el paso del tiempo el miedo a las requisas y a que se descubrieran sus anotaciones era cada vez mayor. “Cuando construí los zuecos, los abría una vez por año, pero con el paso del tiempo el miedo a que encontraran los almanaques hizo que los abriera cada seis meses”. Explicó que usaba los zuecos para ir a bañarse; cree que esta utilidad y el hecho de que estaban siempre a la vista hizo que los carceleros nunca los requisaran.

Estos pequeños almanaques no fueron la única documentación con la que salió en libertad Jorge Tiscornia, sino que también logró esconder negativos cortados de a par dentro de unas tarjetas que ahuecó. En diálogo con los espectadores contó que uno de sus compañeros detenidos se encargaba de fotografiar a quienes volvían a la libertad y cuando se enteró de esto inmediatamente pensó en fotografiar la cárcel.



Su compañero le insistió que la idea era una locura, pero sin más vueltas este compañero logró entregarle la cámara en sus manos y le dijo “ahora esto es tu responsabilidad”. Por un día entero cargó con la cámara con rollo y logró fotografiar el patio y su celda.

El documental no sólo se limitó a contar lo que le ocurrió cuando redactó el almanaque en la cárcel, también lo siguió en su vida actual y en su meta de “fotografiar por un año cada atardecer de la ciudad de Montevideo”. Tiscornia contó que desde su celda siempre contemplaba la puesta del sol y que “aunque había muy pocas cosas en el horizonte, todos los días el atardecer era distinto”. Su amor por la fotografía y su interés por el movimiento solar hicieron que alcanzara su meta.

Una de las últimas reflexiones de Jorge Tiscornia fueron compartidas por el director de El Almanaque: “Hay que desmitificar la cárcel. Como en toda experiencia extrema, uno tiene que aprender a incorporar lo vivido a la vida”, dijo el cineasta.

Karen Parentelli

Reconquista 318, Apto. 603 – 11000 Montevideo – Uruguay
Tel: +5982 –915 6551 Fax: +5982 - 707 27 82 e-mail: guazumedia@aol.com / info@guazumedia.com